partidos, y ninguno de ellos podia desalojar al otro sin que la situacion se viniese á tierra, y entonces comenzó á trabajar la gran cualidad, la extraordinaria cualidad que tiene el partido conservador; entonces el partido conservador comenzó á ejercer su habilidad. Los partidos conservadores pueden ser hábiles sin grande riesgo; están fundados en el principio de autoridad, y el principio de autoridad es por sistema disciplinario y orgánico; cuando callan algo, nadie interpreta mal su silencio; cuando pliegan su bandera, nadie lo atribuye á defeccion, porque sus partidarios son pocos.

Esto no pueden hacerlo ciertamente los partidos revolucionarios. Nosotros necesitamos ir al combate como iban los griegos al Circo, completamente desnudos; porque como nuestro principio es de libertad, y el principio de libertad es por su naturaleza grande, inmenso, pero desorganizador, nosotros no podemos tener la habilidad que tienen los partidos conservadores. ¡Oh! Si á nuestra vehemencia, si á nuestra fé reuniéramos esa habilidad, no habria partidos conservadores del antiguo régimen, del doctrinarismo, en toda Europa. ¿Y qué dijeron los partidos conservadores? ¿Cómo engañaron, ó si no engañaron, porque la palabra es un poco dura, cómo pretendieron deslumbrar á los partidos radicales? Diciendo «Aceptadme un principio, uno solo de mis principios, y en él vendrán contenidos todos los demas.» (¡Qué gran proyecto! ¡Qué gran pacto!) Todos los derechos individuales, todas las libertades, todo el sufragio universal, yo lo concedo todo; concededme á mí solamente la monarquía; y ya sabia que sentándose á esperar, á recibir la monarquía, con ella lo recibia todo.

Y en efecto, miradlo: la revolucion estaba desencadenada en ideas, y se ha estrellado en el filo de las espadas de los generales: la monarquía habia caido, y ha sido restaurada por mano de los demócratas. El contubernio, el matrimonio, la union de la Iglesia con el Estado, habia concluido, puesto que muchos Ayuntamientos practicaban el matrimonio civil, y vosotros habeis vuelto á casar al Estado con la Iglesia por medio de ese anillo de oro que se llama la base religiosa. El sentimiento federal, ese gran sentimiento, sin el cual no hay gobierno liberal posible, no hay libertad posible, el sentimiento federal renacia con fuerza y con vigor extraordinario; y vosotros mismos, los mismos demócratas, habeis dicho que ese gran sentimiento era una tempestad de verano.

Y ahora, mayoría, ahora te encuentras completamente presa en las redes de una Constitucion conservadora, de una Constitucion reaccionaria, de una Constitucion doctrinaria, que no ha pasado siquiera del régimen del 36. Si yo no conociera vuestro talento, os llamaria imbéciles; si yo no conociera vuestra buena fé, os llamaria traidores. Está allí mi amigo el Sr. Topete, y solo os llamaré revolucionarios de agua dulce.

La verdad es, señores Diputados, que contra los siete vicios del partido conservador, hay siete virtudes. Contra su política, que se resume en esta palabra conservadora: *habilidad, habilidad* y siempre *habilidad*, hay otra política que se resume en estas tres palabras revolucionarias: *audacia, audacia* y siempre *audacia*. Atrevéos, señores de la mayoría, atrévete, partido avanzado progresista, atrévete, partido democrático, no levantes el ídolo que ha caido al estallido de tus ideas, no adores al ídolo á quien has escupido, y así todavía podemos salvarnos, todavía puede salvarse la libertad y todavía puede salvarse la patria. Pero, señores, yo esperaba esto de todos, menos ¿de quién? No lo vais á creer; menos del partido progresista.

El Sr. Mata, dirigiéndose á mi amigo el Sr. Figueras, le decia esta misma tarde: «¿De qué le sirve al Sr. Figueras la experiencia? ¿De qué le sirven al Sr. Figueras los años (que dicho sea de paso todavía no son muchos?») Pues bien, yo le digo al partido progresista: «¿De qué le sirve al partido progresista la experiencia?» Suele decirse. «¡Oh, si la juventud supiera!..... ¡Oh, si la vejez pudiera!.....» Pues el partido progresista puede ahora, puede adelantar y debe hacerlo. Yo sé muy bien que hay en el partido progresista dos fracciones importantísimas, una de ellas que se acerca siempre hácia nosotros. Buscad su genealogía parlamentaria y encontrareis representada esta fraccion en el año 20: la representaban los Sres. Diaz Morales y Romero Alpuente. Representaban esa fraccion el año 21 el Sr. Alcalá Galiano y el Sr. Istúriz, que mas tarde firmaron tambien manifiestos de conciliacion: representaban esa fraccion en el Estamento el Conde de las Navas y el grande é inolvidable Sr. D. Joaquin María López: representaban esa fraccion en el año 37 los Sres. Gorosani, García Blanco y Caballero: representaba esa misma fraccion con grande espíritu, con grande gloria, él solo contra todos, todos contra él solo, sin poderle vencer nunca, el monumento vivo de las glorias del partido progresista y del partido democrático, nuestro digno decano el Sr. Orense: representaban mas tarde este mismo gran movimiento en el partido progresista, los Sres. Valera y Lasala, que presentaron un voto particular, del cual ni siquiera habeis sabido aprovecharos.

Pues bien, señores Dipntados, yo creo que esta fraccion del partido progresista tiene el aliento del espíritu humano; yo creo que está forjada en la arcilla en que Dios forja á los héroes; yo creo que puede seguir los senderos de aquellos grandes hombres de 1812, que encontrándose en iguales ó mayores peligros que los peligros en que nosotros nos encontramos, vieron la monarquía absoluta y la trasformaron en democrática; vieron el altar iluminado con las hogueras de la Inquisicion, y aventaron las cenizas de esas hogueras; vieron la tierra manchada con la lepra del feudalismo, y destruyeron esa lepra; vieron, en fin, la patria entre las garras del águila imperial, y de esas garras de la imperial águila arrancaron á la patria. Ahora bien; si vosotros teneis ese gran aliento, merecereis el mayor premio á que pueden aspirar los ciudadanos; merecerás, partido progresista, un altar en el corazon de los pueblos y una página inmortal en el eterno libro de la historia.

Pero hay otro partido progresista que yo no sé como definir. Este es el partido progresista histórico, el partido progresista doctrinario, el partido progresista hábil, el partido progresista diplomático.

Yo me he preguntado muchas veces, yo se lo he preguntado á mis amigos: ¿Conoceis en la escala de la creacion, en la escala de la vida, algun sér que no posea el instinto de conservacion? La tiene el pólipo, la tiene el zoófito, la tiene el infusorio, aunque sea plagiando un poco el estilo de mi amigo el Sr. Mata.

Pues bien, ahí, ahí empieza la vida, y con la vida empieza el instinto de conservacion; pero ¿conoceis algun sér en la escala de la vida que no tenga el instinto de conservacion? Y me han dicho mis amigos: no conocemos ninguno. Pues yo conozco uno: el partido progresista, es decir, el partido progresista histórico.

Recordad todas sus victorias: todas las ha conseguido por la revolucion y por el pueblo; recordad todas sus derrotas: todas vienen por la córte y por la monarquía. ¿Y qué ha hecho? Vivificar todo lo que le mata y matar todo lo que le vivifica. Ha subido al poder, y si el trono estaba amenazado, lo ha defendido; si el trono estaba derruido, él lo ha rehecho; si el trono estaba ausente, él lo ha traido; y si el trono estaba ahora escupido y pisoteado por el pueblo, trata de levantarle para levantar los cimientos del calabozo de sus hijos y el cadalso de Riego y de Padilla.

Sí, señores Diputados; el partido progresista histórico ha hecho toda la vida lo que debia dejar de hacer, y ha dejado de hacer lo que debia de haber hecho. El año 20 debió castigar el perjurio del año 14. No lo castigó, y vinieron las conspiraciones del 7 de Julio y la infame intervencion de 1823. El año 23 debió, no diré yo que como los ingleses y como los franceses, arrojar la cabeza de Fernando VII por los muros de Cádiz á los pies del Duque de Angulema, pero sí diré que debió arrojar la corona.

Entónces no hubiera sido posible rehacer el pacto entre el pueblo y los Borbones, y no se hubiera visto precisado el partido progresista á derramar su sangre, la sangre de sus hijos mas queridos, para sostener la hija de su verdugo, que despues habia de ser á su vez el verdugo de Solís y de Zurbano.

El año 36 se debió destruir la regencia de Doña María Cristina, y aceptar la regencia de la Constitucion del año 12, regencia que era imperativa, y no cumplió la ley: debió reformar la Constitucion de 1812 en sentido democrático, y la reformó en sentido doctrinario.

Resultado, señores, que en seguida que se puso á andar la máquina constitucional, dió lo que deben dar las máquinas segun el destino para que se consagran; dió lo que era natural, dió el partido moderado. Y Martinez de la Rosa, ilustre orador, se presentó en aquel banco y dijo: «Esta es mi Constitucion.» Y yo me temo mucho que otro orador no menos ilustre que representa aquí la juventud conservadora, el Sr. Canovas, se levante mañana y diga: «Esta es mi Constitucion,»

y en ella estarán todos los conservadores y de ella habreis arrojado á todos los revolucionarios.

De suerte que nosotros tenemos derecho de decir á algunos de los que se sientan en aquel banco: Cain, ¿qué has hecho de tu hermano?

Señores, no pararon aquí los errores del partido progresista. Pues qué, no debió el año 40 escoger la regencia trina en lugar de la regencia única? ¿No debió el año 43 continuar con la junta central en vez del Gobierno provisional? No debió mas tarde continuar con el gobierno provisional y retardar la mayoría de la reina, en vez de disolver el Gobierno provisional y acelerar la mayoría de la reina como lo hizo? Entonces la reina puso al partido progresista una joya de oro, un relumbron al cuello, que el partido progresista creia que era una gran cosa, y que era una soga. Todavía la lleva, sí, todavía la lleva.

El año 54 debió expulsar la dinastía: entonces era la sazon: entonces, que no habia crecido tanto el partido republicano, era la sazon de traer otra dinastía. Ahora es tarde. Conservó la dinastía, ¿y para qué? Para que llevásemos estos catorce años que nos han empobrecido y deshonrado.

Y ahora, ¿qué hace el partido progresista histórico? ¿Qué actitud es la suya? Señores, cuándo empezaba la revolucion de Setiembre, yo me encontraba en el extranjero: entonces leí una carta que los periódicos publicaban y atribuian á un español importante. Y en esa carta se decia: «Declare V. M. extraoficialmente que no se opondrá al nombramiento de D. Fernando para el trono de España.»

Yo no sé de quien era la carta, señores Diputados; yo estaba en el extranjero, y puedo decir que lágrimas de vergüenza escaldaron mis mejillas. ¿Cómo, cuando, ni en qué tiempo la nacion española tiene que impetrar el voto del emperador de los franceses? Pues qué, señores Diputados, ¿no sabe él que no puede tocar las armas que en Roncesvalles vencieron á Carlo Magno, á Francisco I en Pavía y á Napoleon en Bailen y Talavera? Pues qué, señores Diputados, ¿no sabe él que nosotros podemos tambien fundar una república, como podemos suicidarnos sin su consejo, sin su veto, como podemos elegir para emperador de España al emperador de Marruecos, y que si para castigar unos ambiciosos hubo la guerra de España, para castigar otros ambiciosos ha habido la guerra de México?

¿Qué ha sucedido ahora? ¿Qué ha sucedido ayer, señores Diputados? Vergüenza dá pensarlo; vergüenza dá decirlo. Un Coburgo ha dado un bofeton en la mejilla á la nacion española. ¡Despreciar la corona de España! ¿Quién se la ha ofrecido? Si nadie se la ha ofrecido, ¿por qué no se pone un telégrama diciendo: ¿Qué tiene V. M. que despreciar una corona que nadie le ha ofrecido?

España tiene una corona demasiado grande para una cabeza tan chica; nosotros somos la nacion que engarzó el mar como una esmeralda en sus sandalias y el sol como un diamante en su corona. ¿Qué nos importan todos los reyezuelos de la tierra?

Ahora bien: en vez de andar por el mundo buscando un amo, y un amo al cual nosotros tenemos que pagarle; en vez de andar por el mundo buscando un amo, busquemos todos, busquemos todos aquí, de buena fé, de completa buena fé, lo que todos debemos buscar, y lo que todos debemos buscar es la libertad, la prosperidad de la patria, la condenacion de todos los desórdenes que puedan enflaquecernos, que puedan empobrecernos, la energía suficiente para hacer comprender al pueblo, al mismo tiempo que sus derechos, sus deberes; y entonces no necesitaremos de ningun amo que nos guarde nuestra patria, que harto sabe guardarse á sí misma la noble nacion española. ¡Ah! Por eso decia yo, por eso sostenia yo que lo mas conservador en estos momentos, lo que mas conduce á que todas las fuerzas de la revolucion sean provechosas, lo que mas conduce á que se salve esta situacion, es no malgastar nuestras fuerzas buscando rey, y aliarnos todos para ver si hay una manera de fundar la libertad y la dignidad de la patria.

Yo sé muy bien que se me suele decir: ¿y como exigís al partido progresista, como le exigís al partido progresista que se alíe al republicano, y que con los partidos conservadores funden la república, cuando la república ha sido abandonada por los mismos republicanos? Señores Diputados, yo encuentro una excusa, encuentro una excusa á esta conducta de mis amigos, encuentro una excusa plena y completa. ¿No sabeis qué os sucede, que no sentís, que no conoceis el movimiento del planeta en que estais embarcados, y sentís y conoceis, por ejemplo, el movimiento de la luna, de los satélites y de los planetas? Ningun hombre, ningun estadista, ni aun el mayor, ha comprendido jamás el progreso de las ideas en que iba embarcado. Ha sucedido lo que tantas veces sucede en el camino de hierro ó en el vapor, que parece que andan las costas. Pues bien, esto sucede siempre en la historia. Washington creyó que su guerra estaba reducida á conseguir que los impuestos fuesen votados en las Asambleas coloniales, y la guerra continuó y resultó la república.

Lincoln creia que podia darse él por contento si la esclavitud terminaba á fin del siglo, y la esclavitud terminó con su presidencia. La esclavitud murió con él, porque estaba resuelto en los arcanos de la Providencia que su nombre estuviera unido en toda la redondez de la tierra á la redencion de todos los esclavos. Pitt creía que Inglaterra no podia vencer á Napoleon, y lo creía poco antes de la batalla de Waterloo. Rousseau creía que las monarquías absolutas iban á continuar por mucho tiempo, cuando él las habia aplastado bajo el Contrato social.

Es el eterno mito de Moisés conduciendo al pueblo por el desierto, y no llegando él á entrar en la tierra de promision, es el eterno error de Colon que creyó haber descubierto un nuevo camino, cuando en realidad lo que habia descubierto era un Nuevo Mundo. Pues bien, mis antiguos amigos creyeron que podian abandonar la forma republicana para sostener esta situacion. Esto era patriótico; pero no era político, pero no era ciertamente previsor, pero no era justo, pero sobre todo habia de dar tal error las tristes consecuencias que hoy tocamos; porque creo que

si aquellos hombres eminentes que tantos servicios habian prestado, si aquellas grandes palabras, si aquellas grandes figuras, si aquellos grandes elementos estuvieran hoy aquí, en estos bancos, con nosotros, la república estaría ya en España; y ciertamente que ellos son responsables de que no tengamos hoy república en España y de consiguiente en toda Europa. ¡Lamentable error que nos ha perdido á todos!

Pero qué, señores Diputados, ¿no sabeis que la república viene? ¿No sabeis que la república es la fatalidad indestructible, la fatalidad inevitable de esta situacion? Preguntádselo á todos los conservadores, ellos os lo dirán; porque sucede á todos los que combaten una idea lo contrario de lo que les sucede á aquellos que la sirven: son los primeros que presienten sus triunfos.

Los enciclopedistas murieron creyendo que sus ideas no iban á atravesar la masa de ignorancia del pueblo, y al mismo tiempo Pio VII iba á Viena, y con las leyes josefinas y el regalismo, le mostraba al rey de Austria la revolucion francesa antes que apareciera levantándose por el horizonte. Todo lo que sucedió aquí, ha sido tambien previsto por un hombre extraordinario, á quien yo puedo admirar, tanto mas, cuanto que jamás he participado de ninguna de sus ideas; orador insigne que se ha llevado al sepulcro aquellas severas y concisas formas de sus oraciones incomparables.

Hablo del ilustre Marqués de Valdegamas, gloria de España, gloria de esta Nacion.

Pues bien; él decia estas proféticas palabras: «Hoy para los reyes todos los caminos conducen á la perdicion: unos se pierden por resistir, otros se pierden por ceder; donde el talento ha de ser causa de ruina, allí pone Dios un príncipe sábio, y donde la debilidad ha de ser causa de ruina, allí pone Dios príncipes débiles. Para salvar las viejas instituciones no hay un hombre eminente en toda Europa; y si le hay, Dios disuelve con su dedo inmortal para él un poco de veneno en los aires.» Mas tarde, en otro elocuentísimo discurso, decia: «que el destino de la casa de Borbon era fomentar las revoluciones y morir á sus manos.» Y en aquel momento sonó una carcajada; y entonces, volviéndose al banco azul que ocupaban los Sres. Narvaez y Sartorius les dijo: «Ministros de Isabel II, librad si podeis á vuestra reina y á mi reina del anatema que pesa sobre su raza;» y entonces se rieron mas los Ministros; soltaron mas la carcajada los progresistas, y ellos no sabian que eran los encargados de cumplir el anatema, como acaso son hoy los demócratas que se han ido de nuestro lado los encargados de fundar aquí, quieran ó no quieran, la república.

Señores, yo tengo que decirlo, debemos decirlo: en la historia del partido democrático, la única forma de gobierno que hemos sostenido siempre, que hemos sostenido en todas ocasiones, que hemos sostenido en todas circunstancias, ha sido la forma republicana.